

y excusando dilaciones,  
en vos está la tardanza.  
—Porque tal dicha se logre,  
perdiera cuanto poseo.  
Sueño parece esta noche  
que no he de olvidar jamás.—

Aquí á los anchos salones  
llegaban de su palacio,  
en cuyos ricos primores  
es bien que, audaces los ojos,  
se admiren cuando se posen.  
De finísimos tapices  
toda la sala vistióse,  
mullida en el pavimento  
alfombra de vivas flores.  
Candelabros de oro y plata  
por las mesas y rincones,  
y vajillas y preseas  
doquiera en aparadores.  
Rosa y don Pedro, sentados,  
esperaron á que torne  
don Rodrigo, que acompaña  
á la madre desde el coche,  
delante una chimenea,  
cuyos morillos de bronce,  
teniendo están, disolviéndose  
en ceniza, medio roble.  
Entre las llamas volubles,  
lanzan los rojos tizones  
chispas que, naciendo espléndidas,  
desaparecen veloces.  
El humo elástico asciende  
en espirales deformes,  
despedido por las llamas,  
que brotan á borbotones;  
y por doquiera que el tronco  
lentas ó voraces orlen,  
hierve la savia que mana,  
resistiendo sus furoros.  
Entró por fin don Rodrigo,  
y apenas Ibáñez vióle,  
tomándole de la mano,  
delante Rosa le pone.  
—Ésta es mi esposa, le dijo.  
Alzó Rodrigo la noble  
frente, y la beldad de Rosa  
viendo, en verdad asombróse.  
Saliéronse del salón,  
y al cruzar por los portones,  
á Rodrigo que le sigue,

Pedro Ibáñez preguntóle:  
—¿Qué te parece de Rosa?  
¿Otra más linda conoces?  
—¡Por Dios, contestó Rodrigo,  
que no la hay entre los hombres!  
Y así permitan los cielos  
que tantos años la goces,  
como ella tiene de deudas  
á los cielos de favores.

Era Rosa de célica hermosura,  
rica de gracias, rebotando amor,  
trasunto de la esbelta criatura  
que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,  
risa los labios y marfil la tez,  
donde la calma de la infancia brilla,  
rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala  
á género, ni siglo, ni país,  
ni terrena beldad llega ni iguala  
de la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra  
la leve huella del enano pie,  
y tiene más de vaporosa sombra,  
de inefable visión, que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos  
al impulso de céfiro fugaz,  
velando de la espalda los hechizos  
su voluble y espléndida espiral.

Cáenla en la mórbida cintura,  
en grupos que sujeta el cinturón,  
los pliegues de la blanca vestidura,  
que agita ligerísima en redor.

Como las aguas de elevada fuente,  
caen en hebras de líquido cristal,  
y el aura con mansísima corriente  
las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,  
en la corte, en el baile, en el festín,  
no hay ojos ni atención para otra hermosa:  
toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida  
en medio de ruidosa sociedad,  
de las damas sin duda aborrecida,  
y respetada del amante audaz.

Y por eso á los pies de sus balcones,  
guardias perennes embozados son;  
y óyese de estocadas y canciones,  
en la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en misión de  
dueñas y pajes aguardar se ven, [amores,  
ya ramilletes de tempranas flores,  
ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana,  
ni billete ni flor á recibir;  
del palacio jamás la soberana,  
canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varón dichoso,  
el eco suave de su acento oyó;  
ni una mirada por su afán penoso,  
gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia,  
nadie el solar en que nació cuál es;  
nadie de su beldad tiene memoria,  
nadie pudo á su gente conocer.

Si algún osado su familia y tierra  
de sus esclavos á inquirir llegó,  
el secreto tenaz en que se encierra  
no supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos,  
corren de ello tal vez en la ciudad,  
mas posan en tan vanos fundamentos,  
que apenas nacen, cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,  
libres sus salas encontró tal vez,  
y de su audacia y su fortuna incierto,  
pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez solo de la linda maga  
tocó la mano y escuchó la voz;  
Ibáñez solo de placer se embriaga,  
cediendo irresistible á la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas.  
velado en la nocturna obscuridad,  
que cuando ronda sus doradas rejas,  
ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso,  
por un cariño le volvió un desdén,  
porque con fácil y abrasado beso,  
una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente  
fué don Rodrigo, y admiró su amor.  
Sólo con él su mercenaria gente,  
la fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera,  
él la idolatra á cada instante más;  
y por desprecio de la corte entera,  
su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla,  
en que refleja tan dudosa luz,  
que entre la sombra que el espacio puebla,  
nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza,  
un inmenso cercando aparador,  
los vasallos están de más nobleza  
que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,  
damas é hidalgos en el Real festín,  
brindan y cantan á la ansiada boda,  
mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan  
con largo y libre interminable son,  
y el aire denso y perfumado llenan  
de blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa,  
ebrio de amor y de ventura está;  
y cuando admira la beldad de Rosa,  
crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,  
entre cuyos vapores nada ve,  
más que el camino que, tras largo empeño,  
le trajo de esta noche hasta el edén.

Rosa se muestra como nunca bella,  
cual nunca Ibáñez por azar la vió,  
aunque hoy encuentra perspicaz en ella,  
algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresión incierta  
de una vaga ilusión de otra mujer,  
con cuya oculta realidad no acierta  
y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa  
no es de su Rosa la continua faz,  
y aun le parece que su frente hermosa  
muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño: de la alegre fiesta  
y de los brindis los efectos son;  
mas su cariño á su ilusión se presta,  
crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza,  
más le contenta y satisface más;  
y aunque, ebrio acaso, la razón no alcanza,  
hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento,  
todo en desorden por final quedó,  
y ambos á paso vacilante y lento,  
van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla  
cruzaba apenas tan dudosa luz,  
que entre la sombra que el espacio puebla,  
nada se ve del firmamento azul.

#### CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas  
de la multitud curiosa,  
que envidiosa ó imprudente,  
hasta cuando aplaude estorba,  
en delicioso retiro  
don Pedro Ibáñez y Rosa,  
enamorado platican  
en el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca  
halagüeña y seductora,  
suelto el cabello y los lazos,  
y aliviada de las joyas.

Él en sus brazos la aduerme  
en ilusión amorosa,  
más que nunca embebecido  
en los encantos que adora.  
Ella en silencio le mira,  
y las lágrimas le borra  
que de amor y de esperanza  
de los párpados le brotan.  
Él, los labios encendidos,  
la mirada borrascosa,  
que aun turba el licor ardiente  
cuyos vapores le embotan,  
y ella, con ósculos tiernos  
templando la abrasadora  
sed de sus labios, le besa  
entre osada y ruborosa.  
Una cortina de seda  
que entera cubre la alcoba,  
vela á los profanos ojos  
la escena voluptuosa,  
aunque la luz de una lámpara  
cuanto olvidada, traidora,  
trémula dibuja en ella,  
si no los gestos, las sombras.

¡Noche de amor y esperanza,  
que de la modesta esposa  
queda como blanco sueño  
para siempre en la memoria!  
La de Ibáñez, ¡vive Dios  
que olvidó su vida toda,  
sus placeres y sus cuitas,  
su deshonor y su gloria!  
No hay más pasado en su mente,  
más porvenir no ambiciona;  
vendiera por esa noche  
toda su existencia á Rosa,  
aunque un frío involuntario  
todo su cuerpo aprisiona,  
cual si en sepulcro pudiera  
convertírsele la alcoba.  
Algunas veces, mirando  
los ojos de la que adora,  
creyó alcanzar dentro de ellos  
alguna imagen diabólica.  
Alguna vez, embriagado  
en su risa encantadora,  
creyó que los labios puros,  
tomando distinta forma,  
mostraban por un momento,  
en negra ilusión dudosa,

de un monstruo desconocido  
la áspera y sangrienta boca.

—¿Qué piensas, Ibáñez mío?  
¿Qué mal, dime, te acongoja,  
que vas el color perdiendo?  
dijo al esposo la esposa.  
Al contemplarla el semblante,  
su espanto y asombro doblan,  
é Ibáñez con ambas manos  
entrambos ojos se frota.  
Ella tornó á su pregunta,  
y él á su silencio torna,  
como quien tiene delante  
un espectro que le acosa.  
—¿Qué sientes?

—¡Oh! Nada, nada;  
mas la vista se me borra,  
los objetos me vacilan.  
¡Cielos! ¿Qué es aquesto, Rosa?  
—¿Qué dices, que no te entiendo?  
—¡Ah! ¿Eres tú, niña? Perdona;  
mas ¡tal vez mi fantasía  
se me está volviendo loca!  
No sé por qué, mas el miedo  
que de mí se posesiona.....  
¡Oh, ciégame con tus labios,  
ven á mis brazos, oh Rosa!—

Echóse en ellos la niña;  
ansioso Pedro abrazóla,  
mas al tocarla dió un grito,  
como quien espigas toca.  
—¡Quemas! la dijo espantado;  
y soltándola en la alfombra,  
se miró el triste los dedos,  
con que sostuvo su forma.  
Ella seguía diciéndole  
con sonrisa seductora  
—¿Qué tienes, Ibáñez mío,  
que cuanto dices me asombra?—  
Y él, con ojos aterrados,  
continuaba en su congoja,  
contemplándola sin habla  
en convulsión espantosa.  
Al fin, con hondo cariño  
ella las manos le toma,  
diciendo con voz más suave  
que el murmullo de las hojas:  
—Amor mío, vuelve en ti;  
yo soy, mírame, tu Rosa;  
tú me lo has dicho, ¡alma mía!

soy tu amor, tu Dios, tu gloria.—  
Sonrió apenas Ibáñez,  
y medroso preguntóla:  
—¿He soñado, no es verdad?  
Tú me despiertas ahora.  
—Sí, por cierto, esposo mío:  
tú me has dicho tantas cosas.....,  
tantos delirios....., que casi  
temí contigo estar sola.

—Oh ¡sigue, sigue!..... ¡Qué dulce  
me suena tu voz hermosa!  
Sigue.

—¿Quieres que te cuente  
para adormirte una historia?  
—Sí, sí, dime cuanto quieras  
con tal que tu acento oiga.  
—Pues escucha, que tal vez  
se disipe tu congoja.—

Ibáñez, como quien sale  
de pesadilla penosa,  
su voz escuchaba atento,  
suave, argentina, sonora,  
sin acertar á entender  
la sensación dolorosa  
que un momento antes le hacía  
su presencia encantadora.  
Él recostado en el lecho,  
ella á su lado en la sombra,  
esto á Ibáñez le decía  
risueña y voluptuosa:

«En un toco pueblecillo,  
aunque no recuerdo dónde,  
vivía un Barón ó un Conde,  
que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía  
una villana: ¡oh hermosa!  
la reina más orgullosa,  
por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,  
la villana se llamaba,  
y un pobre hidalgo la amaba  
tanto como yo te amo.»

Ibáñez, en su embeleso,  
dulcemente sonrióla,  
y besándola en los labios,  
siguió la niña su historia:

«Vióla el Barón cierto día,  
y al contemplarla tan bella,  
ciego de amores por ella,  
sólo por su amor vivía.

Pródigo la regaló,  
y tal su cariño fué,  
que por prenda de su fe,  
su mano la prometió.

Ella, avara ó inconstante,  
casóse al cabo con él.

¡Fué una noche bien cruel  
para el olvidado amante!

Éste llegó, de la boda  
el mismo día anterior;  
alas le prestó el amor.....  
¡vana diligencia toda!

De su ventura testigo,  
solo él llorando su duelo,  
no halló para su consuelo  
un pariente ni un amigo.»

A estas palabras, Ibáñez  
embebido interrumpióla:  
—Tu voz me encanta, mas pienso  
que es triste ese cuento, Rosa.  
—Oísele á un peregrino  
en una sentida trova;  
mas deja que te le cuente,  
porque es muy linda la historia:

«Despechado, en su afición  
maldiciendo su fortuna,  
dejó la fiesta importuna,  
y abandonando el salón,  
en que los brindis doblaban,  
bajó, en su afán amoroso,  
á llorar al pie del foso  
lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,  
en que la brillante luna  
reflejaba en la laguna,  
con la luz de Enero llena

Todo estaba en soledad  
velado en vapor confuso,  
que en todo el invierno puso  
huellas de esterilidad.

Hervía el río á lo lejos,  
medroso el viento sonaba,

y el aire espeso vibraba  
del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo  
allá en la sombra se vía,  
del blanco fanal que huía  
al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal  
lanzaban sus rojas ventanas  
las cantigas que profanas  
respira la bacanal.

Aun puede oírse por ellas,  
con el brindis del Barón,  
el ronco y discordé son  
del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores  
radian en la lobreguez  
la movible brillantez  
de fugaces resplandores.

El amante desdeñado,  
sin poder con su dolor,  
pensó, en su amargo furor,  
en verse al menos vengado.

«Por ese breve placer,  
exclamó, diera al infierno  
cuanto Dios puso de eterno  
en mi despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibáñez  
á estas palabras de Rosa,  
palideciendo al impulso  
de una sangrienta memoria.  
Y ella, con triste sonrisa  
entre doliente y sardónica,  
siguió, á los ojos de Ibáñez  
cambiando su imagen propia:

«Á su sacrílego ruego,  
diz que el infierno le dió,  
por el alma que perdió,  
una venganza de fuego.

La torre há poco altanera,  
brotó llamas de su centro;  
quedó la venganza dentro,  
mas el vengador afuera.

Años esta noche hará  
que el castillo se incendió;  
media vida el galán dió,  
y ahora mediándose está.»

—¡Cielo santo! clamó Ibáñez  
con voz despechada y ronca,  
arrancándose del lecho  
y de los brazos de Rosa.  
¿Qué es esto? ¡La luz me falta,  
el ambiente me sofoca!.....—  
Y asiendo de la ventana  
abrió á un tiempo las dos hojas.  
Entró á tal punto por ellas,  
sonante, negra, espantosa,  
una llamarada inmensa  
que lamió el suelo y la bóveda.  
Corrió á la puerta, y en vano  
con ímpetu sacudióla;  
por fuera la sujetaba

resistencia poderosa.  
Tendió, desolado y triste,  
los ojos, y allá en la alcoba  
vió sentada sobre el lecho,  
prendiendo fuego á las ropas,  
una aparición horrible  
que en su vacilante forma  
mostraba al par su contorno,  
mitad monstruo y mitad Rosa,  
y al son de la ardiente llama,  
en voz le decía cóncava:  
—¡Alma entera y vida media!  
El alma la tengo toda;  
diez años eran de vida,  
y están mediándose ahora.

